



El cabello político:

politizando el
cabello afro

Emilia Eneyda Valencia Murraín

Para algunas personas, reflexionar sobre el cabello puede parecer una banalidad, pues se ha hecho muy popular la frase: «*Lo importante no es lo que llevas sobre la cabeza sino dentro de ella*». Sin embargo, en una sociedad donde el fenotipo y el genotipo constituyen un factor determinante para justificar prácticas de racialización, exclusión, marginalidad, invisibilización y ridiculización de un grupo poblacional específico, en el caso de las negras y los negros afrodescendientes, es necesario poner el debate sobre la mesa.

Desde 1984, cuando merced al primer concurso de peinados afro realizado en Cali, me di a la tarea de concienciar a las mujeres del Comité Pro Unión de la Colonia Chocoana sobre la necesidad de retornar a sus raíces identitarias, comenzando por su cabello; son diversas las estrategias, eventos y actividades que hemos implementado para descolonizar, por dentro y por fuera, la cabeza de hombres y mujeres negras.

Este repertorio de acciones buscan despojar el complejo de inferioridad que su pertenencia étnica les causa y elevar su autoestima. Politizar el cabello afro es vital, sobre todo el de niñas y niños que diariamente enfrentan situaciones de racialización, incluso en la escuela, debido a

su condición fenotípica, a su acento y a su procedencia.

El cabello afro es un factor central para el autoreconocimiento de la gente negra. Este es uno de los rasgos distintivos más evidentes a través del cual podemos negar o reafirmar nuestra etnicidad. En ciudades como Cali, muchas personas de piel oscura deciden autodefinirse o no como afro, dependiendo de la textura de su cabello. Algunas personas, cuyo cabello se encuentra en el tipo 3, es decir, ondulado de hebra suelta, optan por reconocerse como «no negras». En esta práctica se configura un limbo identitario. Mi amiga Mercedes Segura ha denominado a estas personas como los «etnoperdidos». Esta práctica incide directamente en las políticas públicas, programas, proyectos, planes de desarrollo que se formulan en pro del mejoramiento de la calidad de vida de nuestras comunidades, pues la apropiación de recursos para nuestro grupo poblacional será siempre inferior a la cantidad de personas que realmente pertenecen a nuestra etnia y que permanecen en condiciones de marginalidad y exclusión con sus necesidades básicas insatisfechas.

No obstante, esta falta de identidad se debe a una carimba mental imbuida en la mente de la persona esclavizada durante la ignominiosa

época colonial, en la que se privilegió la tez clara y el cabello lacio, otorgándole los mejores lugares de la estructura social imperante, frente a las pieles oscuras y el cabello rizado o ulótrico ubicados en los escaños más bajos de esa pirámide. Esto obligó en muchas ocasiones, a utilizar el «blanqueamiento» mental y físico como un mecanismo de supervivencia.

El psiquiatra y psicoanalista martiniqueño Frantz Fanon demuestra, en sus estudios sobre la mentalidad de los colonizados, la manera en que los europeos nos alienaron, tanto que nos convirtieron en idiotas útiles enajenándonos y llevándonos al auto-desprecio, de tal modo que muchos hombres y mujeres negras viven en una crisis existencial en la cual la «lira» se les ha vuelto una obsesión.

En 1786 se expidió la famosa Ley del Tignon, que obligaba a las mujeres negras de Louisiana a cubrir sus cabellos con un pedazo de trapo, debido a que el cabello y los peinados que se hacían eran considerados como un elemento ostentoso y de seducción para los varones blancos. Tal prohibición desarrolló la creatividad de las féminas de azabache, quienes apropiándose de este accesorio, hoy turbante, comenzaron a lucirlo de las más variadas e ingeniosas formas resaltando aún más su belleza, de manera que las amas blancas también empezaron a usarlos tal y como sucede hoy en día. Esto es un ejemplo que nos recuerda cómo desde la época colonial, lo negro ha sido considerado

como sucio, feo, ignorante y pecaminoso, por envidia y celos por parte de las mujeres blancas.

Más allá de la mal llamada moda del cabello afro, del posicionamiento de nuestra estética negra, el lucir nuestro cabello al natural en cualquiera de los estilos que la versatilidad de su textura permite, –corrosos, afro puff, afro, *twists*, *dreads*, *cornrows*, bananas, tropas, guineas, «churimas» etc.–, es un reflejo de nuestra psiquis y fija una posición política frente a las imposiciones hegemónicas eurocentristas, que han determinado cuál debe ser el modelo estético y de belleza socialmente aceptable para acceder a espacios académicos, laborales y de toma de decisiones.

Por otro lado, amén de la complicidad con el racismo blanco, a decir de bell hooks, el someter nuestro cabello a los tortuosos y dolorosos procedimientos de alisados, planchados, cepillados, extensiones, mina en gran medida nuestra salud dejándonos expuestas a contraer diversas enfermedades, tal y como nos lo explica nuestro egregio médico cirujano plástico, Diego Valencia Lucumí en su conferencia «Peligros de los alisadores», en el marco del foro «Nuestro Cabello, Nuestra Resistencia» en el 2015.

Proyectos como el de «Peinados africanos: transmisión de un arte vivo en las Comunidades Negras Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras», con su evento cen-

tral «*Tejiendo Esperanzas*»¹, se constituyen hoy en día en referentes nacionales e internacionales, por un lado, para el nacimiento de colectivos de mujeres negras étnicamente empoderadas como *Entre Chontudas*, creado por Malle Beleño; *Rizos Cartagena*, *Mata e' pelo*, *Ensortijadas*, *Amo mi Cabello Afro*, entre otros. Por otro lado, para la creación de marcas de productos capilares apropiados para nuestro cabello y de unidades productivas de estética afro, generando así una gran cadena de valor, agenciada por personas de nuestras propias comunidades.

Se impone, además, una pedagogía de la estética afro que debe comenzar desde el hogar y la implementación real y eficiente de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos, para restituir a nuestra historia como pueblo negro sus verdaderas dimensiones, a fin de que nuestra cultura y nuestros aportes a la construcción de nación sean valorados y visibilizados, y nuestras nuevas generaciones de afro-renacientes se sientan orgullosas de su ancestría africana.



Emilia Eneyda Valencia Murraín

Docente chocona, Licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad del Valle.

Especialista en Producción y Comprensión Textual de la Universidad del Valle.

Especialista en Docencia Universitaria de la Universidad Santiago de Cali.

Magíster en Didáctica del Francés del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Especialista en Escrituras Creativas de la Universidad Icesi y con Diplomado en Formulación y Gestión de Proyectos Culturales de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Etnoeducadora. Activista por los derechos de las comunidades negras, gestora cultural fundadora de AMAFROCOL – Asociación de Mujeres Afrocolombianas–, y creadora del encuentro de peinadoras y concurso de peinados afro «Tejiendo esperanzas».

Secretaria operativa de la Tonga afrovallecaucana por la vida CNOA.

1. Encuentro de peinadoras y concurso de peinados afro.